

la última gota si necesario fuera para establecer en aquella impía y desdichada morada el reinado de Cristo.



III

LA mañana siguiente no le despertó el beso de su madre, ni las alegres voces de sus hermanitos, sino los gritos desapacibles y coléricos de doña Prisca, que ásperamente reñía á la cocinera diciéndole que se fuese á la calle, que ella sola se bastaba para confeccionar aquel plato.

La pobre señora, además de la manía de los gatos, adolecía la de no dejar vivir á los criados, no para vigilarles y corregirles, lo cual hubiera sido muy loable, tanto más cuanto su hija no se cuidaba de tales cosas, sino para aturdirlos y marearlos con exigencias y gritos.

Rezó Luciano sus oraciones y salió ávido de aire y de luz de aquel tugurio, al tiempo que doña Prisca atravesaba por el corredor murmu-

rando no sé qué, con las manos llenas de masa.

—Sígueme á la cocina, sirve de algo, díjole con mal gesto.

—Sí señora, con mucho gusto, respondió Luciano.

El pobre niño había dormido bien, que á sus años no se necesita blanda y cómoda cama para ello: sentíase consolado y hasta contento después de haber ofrecido al buen Jesús y á su Madre Santísima sus sinsabores, y como por otra parte, apenas había probado bocado la noche anterior, en cuanto entró en la cocina se le dilataron las narices y alegró el estómago al percibir cierto olorillo que despedía una fuente de ricas empanadas preparadas para el almuerzo. En el horno se cocían otras tantas.

Los criados habían salido todos de la cocina á los gritos desaforados de la vieja, y solamente los mininos eran los que andaban por allí dando vueltas y haciendo la rosca no sabemos si á doña Prisca ó á las empanadas.

—Acércate, chiquillo, dijo aquella; ahí te quedas al cuidado de que no se quemé lo que está en el horno, mientras voy á llevarle el chocolate á mi hija. ¿Tendrás tú suficiente desempeño para eso?

—Sí, señora, respondió Luciano loco de contento al ver que podía ser útil en algo; mi madre también hacía empanadas, y cuando tenía que atender á mis hermanos, yo cuidaba de que no se quemaran.

—Buenas estarían las empanadas que hacía tu madre, ya me dirás luego si se parecían á estas.

—Es claro que serán mucho mejores, respondió el niño gozosísimo de agradar con aquella frase á la ridícula vieja.

—Bueno, dijo tomando en una mano el chocolate y en la otra el vaso de leche, te encargo el mayor cuidado para que no se quemén, ¿estás?

—Sí, señora, y lo tendré también de que los gatitos no se lleguen á las de la fuente.

—De Matea y Pepito no tienes que ocuparte poco ni mucho, no ado-

leen los pobrecitos del defecto de golosos.

—No, si yo me refiero á los gatos.

—Pues de los gatos digo; antes se dejarían morir de necesidad que ser ladrones y mal educados.

—¿Y los gatos se llaman Pepito y Matea?

—Sí señor, ¿qué tienes tú que decir á eso?

Y se plantó en mitad de la cocina con actitud poco tranquilizadora.

—Yo, nada, respondió el niño, pero como en mi pueblo sólo se dan nombres de santos á las personas...

—Pues hazte cuenta que hay muchas personas que valen menos que animales.

¿Y qué verdad es! pensó Luciano; pero no lo dijo, y aun pidióle á Dios perdón por habersele ocurrido tal picardía.

Salió Doña Prisca mientras Luciano ponía sus cinco sentidos en el horno.

Y hé aquí que los dos gatos entraron en conferencia como los de la fábula, pero no sobre si se comerían

el asador ú otra cosa de digestión difícil, sino de darle una embestida á las empanadas, que á la verdad con su olorcillo incitante y su cara más rubia que el oro, estaban diciendo comedme, y hubiera sido imperdonable grosería dejarlas desairadas.

Así lo comprendieron los mininos, que estando, según dijo su ama, tan bien educados como estaban, no podían dejar de ser muy corteses.

No sabemos qué ruidillo fué el que Luciano sintió á su espalda, que le sacó de su abstracción, haciéndole volver la cabeza, y ¡misericordia divina! la fuente estaba desocupada del todo y más limpia que los chorros de agua.

Qué torcedor tan agudo penetró en el corazón del pobre niño! cómo se quedaron sus ojos azorados y fijos en la fuente malhadada! y tan aterrado, tan absorto, que no sintió los pasos de la vieja; no la vió cómo dejaba el servicio del chocolate sobre la mesa, y acudía al fogón y tomaba entre sus dedos, trémulos por el coraje y torcidos como garfios, las

tenazas candentes, hechas ascuas: no vió nada de eso, pero las sintió en sus labios achicharrar su carne, mientras el dolor, la sorpresa y el susto estremecían su cuerpo con conmoción espantosa.

—Toma, infame, goloso, pícaro, granuja, decía la vieja; yo te educaré, ya que la estúpida de tu madre no ha querido hacerlo.

El niño infeliz cayó de rodillas y elevó al cielo el corazón y las manos ofreciendo al Señor aquel tormento horrible; pero si su alma era magnánima y valerosa, sus fuerzas físicas se agotaron y cayó al suelo sin sentido.

Entretanto los gatos, que escondidos tras una tinaja fueron testigos de semejante injusticia, se pusieron malos, quedando la verdad clara y manifiesta.

Pero esto exasperó más y más á la vieja; no parecía sino que el remordimiento de su conciencia le inducía á ser más cruel y despiadada con su víctima.

Pocos días después, Eugenio sig-

nificó á su sobrino que había de asistir á la clase de un reputado profesor que le daría lecciones de matemáticas é idiomas.

—No quiero que sigas ninguna carrera literaria, porque son muy largas, el profesor te tanteará y veremos de hacerte hombre lo antes posible.

Luciano no deseaba otra cosa. Además, estaba muy contento por ir al colegio. Allí se rezaría, se hablaría de Dios y tendría compañerismo alegres y piadosos.

Antes de ir á clase abrió su baúl, sacó una capillita de cedro que le regaló su padre, puso en ella una estampita de Jesús Rey, lo colocó todo en la mesilla de noche, juntamente con dos diminutos candelabros que le había dado su hermana María, extendió un pañuelo de encaje por toalla, encendió las luces el tiempo que podrían durar las endebles velillas, ofreció el incienso de dos rosas deshojadas que había pedido á la doncella, y tan contento y satisfecho estuvo con aquel can-

doroso y humilde culto que tributaba á su Rey y su Dios, que olvidó su pueblo, su hogar bendito y las injurias y dolores de que fué víctima desde el día en que lo abandonara.

Cuando las luces se consumieron, marchóse á casa del profesor.

Este no se había presentado aún, pero aguardábanle una veintena de niños. El que más podría tener 15 años; pero todos parecían fatigados de la vida: diríase que eran viejos aburridos y gastados, los cuales, merced á algún filtro maravilloso, habían preservado la cabeza y el rostro de canas y arrugas.

Discutían sin reñir ni acalorarse, aunque no había dos que pensaran de una misma manera: el uno tenía un credo como el tío de Luciano, el otro no aceptaba ninguno, éste se declaraba espiritista, aquel panteísta, materialista el de más allá; pero cuando Luciano expuso con sencillez y dulzura sus doctrinas católicas, todos aquellos niños tan pacíficos en sus discusiones como tolerantes entre sí, se volvieron á él

gritando y gesticulando como energúmenos, todos acordes en su odio, su desprecio, su maligno sarcasmo hacia la única religión verdadera. Afortunadamente el profesor se presentó, calmando con su presencia aquella infortunada algarabía.

Luciano no se hizo ilusiones con respecto á éste; el que sacaba tales discípulos, debía necesariamente ser peor que todos ellos.

Una idea cruel que Luciano procuró ahuyentar como un mal pensamiento, atravesó su alma como envenenado puñal.

Su tío le había llevado allí para que le enseñaran las matemáticas é idiomas, y también á renegar de su fe, á despreciar y abominar á Cristo.

¡Ay, el pobre niño no se equivocaba!

Salió de clase triste y apesarado, y corrió á su casa con el ansia ardiente de arrodillarse ante su altarcito, de jurarle á su Jesús que Él reinaría en su alma y su corazón, á pesar de todas las furias y todas las sugestiones del averno.

Pero ¡ay! su altarcito, la capilla de cedro, único regalo que de su padre conservaba, el pañuelo de encaje de su buena madre, los candelabros de la gentil María y sobre todo, la bendita y amadísima imagen de Jesús Rey, habían desaparecido.

Luciano no pudo dominar su dolor, y empezó á reclamar á gritos su tesoro.

—Vuelve, vuelve, le decía la vieja, á llenarme la mesa de baratijas; todas han ido al carro de la basura.

Y el desdichado niño que no había proferido una queja ni derramado una lágrima, ni siquiera al sentir abrasados sus labios por el fuego, rompió en amargo y apenado llanto.



IV

HAN pasado tres años.

Luciano es un hermoso adolescente, aunque sus mejillas tienen el pálido color de la argoma y la expresión de su mirada es triste y meditabunda.

Sería menester llenar muchas y muchas páginas para no más reseñar los tormentos y humillaciones que devoró el pobre niño.

De los tres individuos que se componía la familia, cada uno tenía su manera particular de martirizarle: Doña Prisca, no dejándole respirar y acusándole por faltas que nunca pensó en cometer; Carmen, burlándose descaradamente de todo cuanto hacía, consecuenta con sus benditas y amadas creencias.

El único alivio que había tenido,

era el de, con motivo de sus estudios, habérsele trasladado á un cuartito del segundo piso, donde á lo menos tenía algún espacio y un rayo de sol, que como el de su firme y segura esperanza en establecer el reinado de Cristo en aquella casa, venía á sonreírle en sus horas de desaliento.

Seguía asistiendo á la misma clase. Era pundonoroso, modesto, inteligente y laborioso, y el profesor, que á pesar suyo le había cobrado cariño, comparándole con los otros muchachos discolos, impertinentes, altaneros y desaplicados, empezaba mal de su grado á tener ciertas dudas sobre las doctrinas de los flamantes novadores en cuyo número se contaba, y ciertos deseos de que todos sus discípulos fuesen tan dulces, tan amables, obedientes y aprovechados como Luciano, siquiera participaran de sus rancias ideas. De estas no hablaba nunca el interesante niño, pero su profesor hubiera puesto las manos al fuego de que á pesar de todo lo que oyó en

sus labios y en los de sus compañeros, su alma no había descendido un punto de las serenas y luminosas alturas de su fe. ¿Y en qué se fundaba? En que seguía siendo bueno y respetuoso para con él, indulgente y benéfico para con sus compañeros. ¿Si tendría fe en la bondad y excelencia de sus doctrinas el desprecupado maestro?

Era una mañana después del almuerzo. Terminado éste tenían costumbre de pasar todos al gabinete de Carmen á tomar el café: un criado entraba con el servicio y Luciano llenaba y repartía las tazas.

Empezaba por la mamá, cosa que en vez de halagarla, contrariaba á su esquivia y despejada hija, quien debió de estar aquel día de peor humor que de costumbre, porque solía ser tan inoportuna y tan desgraciada en las demostraciones de su alegría como en la de sus disgustos; y sucedió, que al servir Luciano la primera taza, urgóle en la oreja con una paja, de modo que el muchacho se estremeció todo y vertió parte

del líquido en la mesa y la falda de Doña Prisca.

—Aprende á saber lo que haces, dijo la vieja sellando su rostro con una bofetada.

La sangre ardorosa y juvenil del mancebo se arremolinó en su cerebro, irguió la frente con indignación y se dispuso á salir del aposento, tal vez de la casa.

—Oiga, dijo Eugenio con fruición maligna, yo pensé que los cristianos cuando les herían en una mejilla presentaban la otra, según les enseñó su Maestro.

Al oír estas palabras, Luciano se detuvo, dejó caer la cabeza sobre el pecho con visible confusión, y con paso firme fué á hincar la rodilla ante la anciana, presentándole con humildad su rostro.

Y como ella le mandara sentar, el heroico adolescente dióle las gracias, imprimiendo en su mano un tierno y respetuoso beso.

¿Qué fué lo que experimentó aquella pobre mujer al sentir el contacto de aquellos puros y cariñosos labios

sobre la misma mano que un día lo castigara con tan refinada y espantosa crueldad como injusticia? Qué fibras ocultas y paralizadas movió aquel beso en el alma de la anciana, el único que recibía desde que Carmen dejó de ser niña? Nunca supo explicárselo. Sintió sí, en lo más hondo de sus entrañas dolor agudísimo; vergüenza, confusión, anonadamiento en todo su ser; se reconoció culpable, con aquel ángel que la bondad de Dios había puesto á su lado para contrarrestar con su humildad y dulzura las sequedades y asperezas de su altanera hija. Si, entonces lo comprendió todo con esa percepción clarísima que tiene nuestra inteligencia como destello que es de la infinita sabiduría de Dios, cuando las opacas brumas de las pasiones no apagan su lumbré bendita. Y la desdichada humillóse como el átomo ante la inmensidad, como la nada miserable ante los sublimes portentos del Dios Todopoderoso.

¡Pobre vieja! tan ridícula, tan ne-

cia y extravagante, también tenía para ella el amantísimo Jesús raudales de delicias y consuelos, tesoros de gracias copiosísimas; y su alma, asquerosa, manida de aviesas y ruines pasiones, fué templo del Espíritu Santo.

Una estemporánea y ruidosa carcajada de Carmen interrumpió aquel silencio que tenía algo de solemne y religioso.

—Já, já, eres asaz dichosa, mamá, decía, puesto que arrugada como pasa y encorbada como una etcétera tienes un guapo mozo á tus pies.

Eugenio no se reía: estaba conmovido, y dijo á su sobrino con voz afable:

—Eres un héroe, Luciano, el hombre que sabe dominar sus pasiones, sea por el móvil que fuere, me parece más valiente y esforzado que el libertador de Roma, defendiendo solo el puente del Tíber.

El joven levantóse del suelo para seguir sirviendo el café, sin que se volviese á hablar de aquel incidente.

Pero cuando al otro día, de vuelta de clase, se entró en su cuartito, exhaló un grito de inmenso y delirante gozo.

En el fondo se elevaba un bonito altar con una preciosa imagen de Jesús Rey, bajo un dosel de terciopelo y oro.

—¡Cristo reina! exclamó el hermoso joven entre sollozos de ardiente gratitud; Cristo reina en este humilde aposento; pronto, pronto, sí, me lo dice la dulce y cariñosa sonrisa de esa imagen divina; pronto reinará en toda la casa.

—Él te oiga, respondió una voz á su espalda. Era Doña Prisca, que había empleado sus ahorros en preparar á Luciano tan grata sorpresa.

Desde aquel día se formó un vínculo dulcísimo entre el mozo y la anciana; él era su hijo amantísimo, su confidente y maestro, puesto que la pobre, ó nunca las supo, ó los años y los disgustos habían borrado de su inteligencia muchas de las fundamentales enseñanzas de nuestra santa fe, que recibía de labios de Lu.

ciano llena de gratitud y embeleso. Para éste, fuera del santo júbilo que le causaba la vuelta de aquella alma á Dios, si por un lado se vió libre de la persecución que de continuo le acechaba, por otro habían hecho presa en su noble alma nuevos y enconados dolores.

Supo por Doña Prisca que Carmen en su vida de lujo y dispendiosos placeres gastaba más de lo que tenía, y que la modista, el tapicero ó el joyero, cansados de esperar y hartos de espaciosas excusas, amenazaban producir un conflicto. Algo sospechaba Luciano de todo eso, aun cuando no por ello le pareció la realidad menos amarga y dura.

En cuanto á Eugenio, no se cuidaba poco ni mucho de los intereses de su mujer, porque ni ésta ni su suegra se lo hubieran permitido, y no reparaba en nada, ó así lo fingía, sumamente atareado como se hallaba con las cuentas de *La Amiga del Proletario*, sociedad anónima, de cuyos fondos era tesorero y depositario, y la cual, so capa de filantropía,

no tenía otro fin que desmoralizar y pervertir al pobre pueblo, arrancándole del hogar y del templo.





V

ERA una calurosa noche de Junio: Luciano había estudiado hasta hora muy avanzada, y después de pasar largo rato en oración, se disponía á acostarse, cuando creyó sentir ruido en el despacho de su tío.

—¡Ah, pensó, sin duda que va á hacer el balance del mes! El anterior me dijo que había pensado el llamarme para que le ayudara, porque las cuentas le fastidiaban mucho; voy corriendo á ver si puedo serle útil.

Y el diligente niño salió de su cuarto.

Bajó la escalera despacio porque iba á tientas, pues en su precipitación por acudir, se le había olvidado la luz; pero al final de ella, guia-

do por la que del despacho salía, entró en él con ligero paso.

Pero apenas traspuso sus umbrales un grito de mujer dejóle paralizado y absorto.

Carmen estaba arrodillada junto al arca de la sociedad, en cuyos fondos tenía hundidas sus manos.

La infame mujer sustraía algunas noches la llave de debajo la almohada donde la guardaba su marido, y aprovechaba su sueño para robarle intereses que no eran suyos y de los cuales tenía que responder con su honra.

Al sentir los pasos de Luciano, pensó que Eugenio la había seguido, y se desmayó.

El generoso joven no podía comprender tanta ignominia.

En el pueblo oyó decir que hay ladrones que salen á robar por los caminos; en la ciudad había comprendido que se roba á mansalva, pero lo que tenía delante era demasiado infame, demasiado bajo y bochornoso para ser cierto.

Mas aquella criatura malvada y

vil era también hija de Dios, del Dios que la sufría, que la sustentaba; él debía auxiliarla y atenderla.

Levantóla del suelo, sentándola en un diván.

Carmen seguía desmayada.

Entonces, reparando en un vaso con flores que había sobre la mesa, sacó su pañuelo, y mojando la punta en el agua, lo aplicó á las sienes de su tía.

La desdichada abrió los ojos, y al encontrarse con Luciano en vez de su marido, irguió la frente con expresión triunfante.

Dirigió al mancebo una mirada audaz é insolente, al tiempo que le preguntó con agrio tono:

—¿A qué has venido?

Luciano, ante semejante cinismo, quedó completamente desconcertado.

—¿A qué has venido? repitió con mayores bríos.

—Pensé que mi tío estaba trabajando y bajé á ayudarle.

—Buen susto me has dado; imaginé que eran ladrones y me juzgué

muerta.... Tu tío se empeñó en que viniese á echar la llave al arca que se olvidó de cerrar; bien hacía yo en no querer venir; este susto te tiene que costar caro.

Y añadió con altivo ademán:

—Vete.

Luciano obedeció, y al llegar á su cuarto pidió perdón á su dulce Jesús por haber pensado mal de su tía.

Dos días después en el despacho de Eugenio se oía animada discusión.

Hasta el segundo piso llegaba el rumor de las voces, pero Luciano sabía que había junta de la gente de la sociedad aquella tarde, y no le extrañaba poco ni mucho. No obstante, la sesión amenazaba acabar de una manera asaz borrascosa, porque se oían gritos y puñadas en las mesas y confusión indescriptible y tumultuosa. Y ;cosa extraña! aquel vocerío, aquella balumba de denuestos, rugidos y blasfemias, se sentían cada vez más próximos, como alud que en vez de bajar subiese á lo alto, como turbulentas oleadas de un mar de sangre y cieno.

Y llegaron, llegaron á la habitación de Luciano, rugientes y amenazadoras.

Y el aturdido mozo vióse rodeado de rostros desencajados y fieros, mientras en la crispada diestra de su tío ondeaba como una enseña de muerte y de deshonor el blanco pañuelo en una de cuyas puntas la angelical María bordara con su cabello de oro: «Luciano de Santaella.»

Dejólo éste olvidado en el despacho la noche en que se sirvió de él para refrescar las sienes á su tía, y una mano aleve y criminal lo había introducido en el arca llena de valores. Allí fué hallado al comprobar los fondos, de los cuales habían sido sustraídos siete mil duros.

La despejada inteligencia del muchacho comprendió desde luego aquella oscura trama, aquella abominable calumnia, pero guardó firme y heroico silencio: nadie pudo arrancarle una palabra.

Inmediatamente fué conducido á la cárcel.

En el corazón del generoso joven

pesaba honda y angustiosa tristeza; pero al verse acusado, ofendido y preso en aquel antro de maldad y corrupción, bendijo á Dios con toda su alma y le dió gracias fervorosas; comprendía que se hallaba en el lleno de su dolorosa pasión, que caminaba con pasos acelerados al calvario, y que por lo mismo, próxima debía estar la redención de los pobres seres que le acusaban y oprimían y por los cuales había pedido al buen Jesús ser inmolado.

Y para fortalecerse en su heroica resolución, y para que, conforme había dicho á su madre, adonde quiera que fuese brillara el glorioso lema que había de serlo de su victoria, escribió en las paredes de aquel triste y espantoso lugar: «Cristo reina.»

